

Los gritos del silencio: SIDA y medios de comunicación

IGNACIO IZUZQUIZA
Universidad de Zaragoza



Resumen

En esta artículo se reflexiona acerca del papel que el SIDA está jugando en los medios de comunicación como "tema" o "noticia". Se intenta captar la raíz de lo que hace al Sida noticia. Los medios de comunicación informan de las posibilidades de "muerte" que lleva asociado el SIDA. También reflejan el miedo que produce éste como "enemigo indestructible", "especulan" sobre sus causas, los "medios de transmisión o contagio" (los fluidos corporales que nos hacen ser humanos) y los "grupos" que pueden verse afectados. Todo ello ha sido retratado en los medios de comunicación; en ocasiones, en forma de historias de marginación, de intolerancia o miedos a contactos percibidos como "arriesgados". Con todo, las noticias sobre el Sida son noticias de la sociedad sobre sí misma. Tanto los medios de comunicación como el Sida comparten un particular carácter paradójico: ambos son construidos por la sociedad y, a su vez, construyen la sociedad.

Palabras clave: SIDA, medios de comunicación, noticias, campañas de información, comunicación para el desarrollo.

The screams of silence. AIDS and media

Abstract

In this article an attempt is made to consider the role of AIDS in the media as a "theme" or "news", and to find what is the origin of AIDS as news. The media inform of the "death" probabilities AIDS is associated with, and they also reflect the fear it generates as the "indestructible enemy"; they "speculate" about its causes, the "means of transmission and contagion" (the bodily fluids that make us human) and the "groups" it could act upon. All of this has been portrayed in the media; sometimes as stories of margination, intolerance or fear of contacts held as "risky". All in all, news on AIDS is news of society on itself. The media and AIDS share a particular paradoxical condition: they are both constructions of society and at the same time build society.

Keywords: AIDS, media, news, information campaigns, communication for development.

No resulta sencillo reflexionar sobre el Sida sin despertar fácil compasión. O sin elaborar simples —y, por ello, despreciables— discursos morales. O sin despertar los ancestrales miedos que, de vez en cuando, recorren nuestra historia como hombres y mujeres. El Sida se ha convertido en tema de especial atractivo. Es un tema que “vende”, a pesar de la tragedia sobre la que se levanta. El Sida crea modos de hablar y modos de pensar. A veces son vana palabrería y ruido infernal. Es entonces cuando aparecen ríos de falsa esperanza, sentimientos de extraña solidaridad, simulacros de compasión y justificaciones de débil sentimentalismo.

Y es que el Sida exige siempre gritos a voces. Pero también exige silencios abismales. En realidad, el Sida exige gritos que procedan del silencio. Sólo ellos rescatarán el verdadero sentido de la enfermedad y enseñarán el necesario lenguaje que se precisa para poder hablar con realidad profunda sobre el Sida. Quizás los medios de comunicación puedan contribuir a la creación de ese silencio que será la causa de un lenguaje libre y renovado sobre el Sida.

Los últimos catorce años han tenido en el Sida un objetivo común. Una década de tragedias personales, de miedos, de rechazos, de investigación y de abundante información. El Sida es una pandemia —mucho más democrática de lo que se cree— que está modelando nuestro fin de siglo. Es una enfermedad que, aunque parezca increíble, construye aspectos particulares de la vida. Es una noticia que construye los medios que pretenden reflejarla y que desean informar sobre ellos. Es, claro está, un enemigo a combatir como lo son todas las enfermedades. Pero en esa lucha aparecen muchos elementos interesantes, muchos rasgos particulares, muchos caminos nuevos. El Sida pone en peligro lo antiguo. Pero, quiero pensar, alumbrará actitudes nuevas y formas más rigurosas de ser hombre o mujer en este fin de siglo.

DOS PARADOJAS NECESARIAS: SIDA Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Tanto el Sida como los medios de comunicación descansan sobre una paradoja. Y la relación entre ellos es, también, una relación paradójica. En nuestro tiempo, los medios han sido construídos por la sociedad. Pero también es la nuestra una sociedad construída por los medios de comunicación. De esa alianza casi nada pueda escaparse. Tal es uno de los rasgos de nuestra sociedad.

Los medios no sólo han transmitido información sobre el Sida. Han creado una imagen —muchas veces diabólica— de la enfermedad y de cuanto le rodea. Y, al hacerlo, han elaborado miedos, rechazos, intolerancias, junto con grandes componentes positivos y una extraordinaria sensibilidad —positiva y negativa— hacia la enfermedad y sus sujetos. Elaborados por la sociedad, los medios de comunicación elaboran y construyen también la sociedad. Como un dios de dos cabezas. Como aquel dios Jano bifronte que los romanos, sabios en tantas cosas, gustaban de instalar en la puerta de sus casas.

También el Sida se levanta sobre una paradoja. Pues paradójica es la razón de ser de la mayoría de las enfermedades. Por un lado corren hacia la muerte y son enemigos a combatir. Por otro lado, son necesarias para seguir viviendo, pues la vida no es más que la lucha constante contra la enfermedad. Y en ausencia de la enfermedad no podría hablarse nunca de vida. Pero el Sida es una enfermedad muy especial. Originada por un virus rebelde e inteligente. Con un período de extraña e incierta incubación. Contagiada desde lo más íntimo y por lo más íntimo del ser humano. Arrojada por miedos e ignorancia. Y también anunciadora trágica de nuevas fuerzas y de nuevos sentimientos.

Dos paradojas frente a frente. Desvelemos algo de su sentido. Hagamos reportaje de la batalla entre ellas. Intentemos captar la raíz de lo que hace al Sida noticia. Y desvelemos las razones, muchas veces, ocultas, de ese privilegio. Que es lo que hace al Sida objeto de los medios. Y lo que permite considerar que el Sida no se construye sólo a sí mismo, sino que también construye muchos de los rasgos de los medios de comunicación social.

LOS ROSTROS DEL SIDA COMO NOTICIA

El Sida. Una enfermedad. Pero una enfermedad extraña. Destruye el sistema inmunológico. Aniquila sus defensas. Hace imposible que el cuerpo pueda defenderse de esas infecciones que nos acechan a todos por el mero hecho de vivir. No posee un desenlace conocido. El final puede ser de muchas maneras: neumonías, infecciones, necrosis hepáticas, etc. Una muerte lenta. Por agotamiento de lo que nos es preciso para vivir. Una muerte que no es más que muerte imprevista. Esa imprevisión es la que permite la conjetura. Y en ella, los medios de comunicación poseen un terreno abonado. Y reflejan, con toda su crudeza esa conjetura. Informan de las posibilidades de la muerte. Pero no son capaces de dar una única causa de la muerte.

El origen de la enfermedad. El virus HIV. Un virus identificado en 1983. Pero se trata de un virus especial. Poco conocido. Imprevisible, con un comportamiento inteligentemente destructor. Precisa un largo período de incubación. Y crea una diferencia entre el momento de su presencia en el organismo y el momento en que comienza su acción mortal, desarando múltiples enfermedades que siempre son "complicaciones". Ante tanta inteligencia y tanta crueldad, ante una capacidad de destrucción tan refinada, los medios de comunicación reflejan el miedo que tal enemigo produce. Miles de comentarios en catorce años. Muchos relatos diferentes. En suma, un espacio de conjetura. Un espacio sin acotaciones que suele ser cebo de noticias fáciles, aunque muchas veces falsas.

El origen de la enfermedad. Era necesario encontrarlo. El extraño virus parecía no tener patria. Y cuando se creía haberla descubierto, la patria era siempre un país pobre: Haití, Africa, extrañas migraciones humanas. Pero fue la rica sociedad norteamericana la primera que lo advirtió. De nuevo, la impotencia que acompaña a la ignorancia. Y la especulación que esa ignorancia comporta. Una especulación que es, también, construida por los medios de comunicación. Y que tiene una larga historia de catorce años. Como larga es ya la historia de esta enfermedad terrible del fin de siglo.

El contagio. Si toda enfermedad es ya terrible, porque se conoce su seguro final, que no es sino la destrucción, el Sida es especialmente terrible. Muchas enfermedades viven en un medio conocido y se conocen sus modos de propagación. En 1997 conocemos, con aparente certeza, los medios de transmisión de la enfermedad: ciertos fluidos corporales parecen ser los canales de transmisión del virus. Se trata de esos canales que constituyen, en cierto modo, el núcleo de lo que nos hace seres humanos. Son los fluidos de la vida y del amor: la sangre y las secreciones sexuales. Pero esta certeza ha sido precedida de incertidumbres. Todas reflejadas en los medios de comunicación. Historias de marginación, de intolerancia, de miedos pavorosos a contactos que no podían ser nunca arriesgados. De nuevo aparece aquí ese espacio en el que se construye la noticia y en el que se construye la enfermedad. Un espacio que se encuentra lleno de paradojas. Y que ha construido el Sida y las noticias sobre el Sida. Como si la ignorancia fuera una fuente de noticias. Un origen de noticias más fecundo que el conocimiento. O, al menos, más capaz de convertirse en noticia.

La ciencia. La lucha científica contra el Sida ha sido constante. Y parece conseguir ciertos resultados. Un conocimiento preciso de las causas del Sida, de sus modos de transmisión, de algunos fármacos que pueden detener la progresión de la enfermedad, etc. Pero en la batalla contra el Sida, no sólo ha sido el sujeto enfermo, o la enfermedad misma la protagonista. En esa batalla, la ciencia ha mostrado su gloria y sus miserias. Las luchas científicas por la paternidad de un descubrimiento, las ingentes sumas de dinero necesarias para proseguir investigaciones adecuadas en busca de una vacuna y de un medio eficaz de detección del virus, los intereses económicos de los laboratorios. Todos ellos se han convertido en noticia. Una noticia que no sólo revela el carácter mismo de la noticia y de los medios de comunicación que la transmiten, sino que refleja también la estructura misma de la investigación científica. Sus luces y, sobre todo, sus sombras.

LOS ROSTROS HUMANOS DEL SIDA

Enfermedad, virus, contagio, investigación científica. Estos son aspectos abstractos del Sida. Adquieren vida cuando se encarnan en un sujeto, cuando toman forma humana. Y es, también entonces, cuando toman el aspecto de una noticia que construye, a su vez, otras noticias. Son muchos los sujetos de la "noticia Sida": los enfermos, los parientes y los amigos, los contagios, la prevención, la sociedad, la ciencia. Cada uno de ellos es protagonista de una historia en la que estamos incluidos todos. De la que no puede escaparse nadie. Esos sujetos son sujetos reales. Pero sujetos que también han sido contruídos por los medios de comunicación. Son una sombra de noticia a la que se presta atención. Por eso es noticia.

El primer sujeto del Sida es el enfermo. Primero, el seropositivo. Ha pasado por el calvario de la prueba de detección del virus. Y vive con él. Con la amenaza constante de la incertidumbre, pues lleva la semilla de la muerte en su cuerpo. Una semilla que, por cierto, llevamos todos por el mero hecho de vivir. El seropositivo podrá, quizás, alumbrar un modo nuevo de considerar la vida que podría enseñar valores incalculables a quienes parecen sanos. Luego, el enfermo terminal. Una debilidad extrema y un deterioro imparable producido por eso que se llaman "complicaciones" y que no hacen sino destruir el mismo concepto de salud. Una muerte con una extraña causa, que es siempre "diferente" a otras muertes.

Los parientes, los amigos, los compañeros de trabajo, los vecinos. Esa sociedad en miniatura que nos acompaña siempre y que se ve afectada por la presencia del enfermo. Consciente de un final cierto, no sabe nunca cómo ni cuándo llegará el final. Ellos despertarán los más profundos sentimientos del ser humano: miedo, rechazo, pavor, compasión, solidaridad. Los más positivos y los más negativos. Siempre sentimientos límite, esos que pueden hacernos, a un tiempo, semejantes a dioses o semejantes a animales. Los medios de comunicación lo saben bien. Pues siempre encuentran en ese límite un territorio de noticia.

La sociedad. El gran monstruo sin rostro, pero con cuerpo y con acciones. El gran objetivo de los medios de comunicación social. Y es que el Sida construye, en cierta medida, algunos de los rasgos de esta sociedad nuestra de fin de siglo. La intolerancia contra la enfermedad y contra sus enfermos, el deseo de ver en ella un castigo a conductas que se suponen desviadas, los intereses de grupos de presión, la ignorancia militante, el desconocimiento de que el Sida se desarrolla en grupos de marginación económica y social, la incompreensión y marginación de los enfermos. Las noticias sobre el Sida son, todas ellas, noticias de la sociedad sobre sí misma. Son noticias que también han contruído a la

misma sociedad. Y han generado comportamientos sublimes y comportamientos detestables. Es un nuevo aspecto de la paradoja de esta nueva enfermedad.

Poco tiempo después de su aparición, el Sida se encontraba arropado por abismos de ignorancia y de intolerancia. Era considerada la “enfermedad de las tres H” (homosexuales, hemofílicos, heroínómanos), el “cáncer homosexual”, el castigo que un dios vengativo gustaba infligir a los pecados de la tolerante humanidad de nuestro fin de siglo. Los avances de la investigación han extendido los llamados “grupos de riesgo” hasta niveles máximos. El avance del Sida entre la población heterosexual y su carácter “democrático” es, cada vez, más claro. En los momentos actuales, sólo la información y la prevención adecuada en las llamadas prácticas de riesgo de un posible contagio, son los únicos modos de detener y de defenderse contra la enfermedad. Los medios de comunicación han tenido una importancia decisiva en extender el sentimiento de peligro real y universal que nos afecta a todos sin excepción alguna. Y ofrecen —esto es algo más importante— la información como medicina y como eficaz arma de combate.

LOS INTERESES OCULTOS

Pero el tratamiento que los medios han realizado del Sida no es neutro, porque nada es neutral en los asuntos humanos. Más aún, este tratamiento es un tema que desvela, de modo ejemplar, la manipulación de los intereses en la construcción de una noticia. La presencia de determinados personajes famosos (Rock Hudson, Fred Mercury, Magic Johnson) modificó, en cierto modo, el tratamiento que se daba a la enfermedad, al tiempo que presentaba un nuevo modo de ser “famoso”, que no es nada desdeñable en un entorno en el que la fama parece ser un componente importante de nuestra sociedad. El influjo de los poderosos grupos de presión homosexual —especialmente en EE.UU. y algunos países de Europa occidental— incidió notablemente en la presentación de las noticias sobre el Sida y en la campaña de igualdad de derechos protagonizada por el movimiento homosexual. Los intereses económicos que se encuentran tras la industria farmacéutica, sembraron de falsas esperanzas un camino siempre tapizado de expectativas crueles ante los anuncios de fármacos milagrosos o de tratamientos especiales.

Todos esos intereses, y muchos más que podrían aportarse, son intereses claros, que orientan la información sobre el Sida transmitida por los medios de comunicación. Existen otros intereses. Más ocultos, más refinados, más difíciles de captar. Son intereses que orientan lo que vengo denominando la “construcción paradójica” del Sida. Que es, no lo olvidemos, una construcción no sólo de la noticia, sino de la sociedad que la genera y que la recibe.

En primer lugar, el alarmismo. La alarma vende. Pero la alarma es inseguridad y se asienta en la ignorancia. Nada hay mejor que una enfermedad tan particular como el Sida —cuyos rasgos y cuyos sujetos comportan tantas dificultades— tan misteriosa, tan desconocida, para convertirla en objeto de alarma. Recorrer la historia de la información sobre el Sida es analizar una parte de la historia del alarmismo sin el cual— y esto es lo más importante— nuestra sociedad no parece poder vivir. Es un alarmismo que convierte a la ignorancia en patria segura y que desata miedos, intolerancias, críticas e insolidaridades. El Sida tiene rasgos terribles. Y ha provocado alarma infundada. Pero, también hay que decirlo, es una enfermedad más. Todavía desconocida. También fueron enfermedades misteriosas y crueles la gripe, la sífilis, la tuberculosis. Ya no lo son, porque pueden combatirse. Y sigue siendo enfermedad el cáncer. Pero nunca el cáncer ha originado el alarmismo que provoca el Sida.

El Sida ha recibido una especial atención en la prensa de los países más ricos e industrializados de la tierra. Es considerado como una enfermedad terrible que afecta a sociedades que habían logrado combatir las grandes plagas de la humanidad. Y los medios de comunicación parecen haber olvidado que la malaria, el hambre y el cólera hacen terribles estragos. Claro es que estas últimas son propias de países pobres. Alejados de Occidente. Y aunque la mortalidad que causan -como es el caso de la malaria- sea mayor que la del Sida, son enfermedades alejadas del progreso. Los medios de comunicación parecen haber olvidado que sus comentarios sobre el Sida son los comentarios de la sociedad occidental. Y en una sociedad global como es la sociedad que estamos construyendo, tal prejuicio occidental resulta difícil de mantener. Y lleva a un fariseísmo de difícil justificación. Una actitud hipócrita que el Occidente rico y desarrollado ha cultivado durante siglos.

Las noticias sobre el Sida olvidan también que son dos continentes pobres donde la enfermedad está haciendo mayores estragos y donde su extensión alcanzan proporciones geométricas. El Africa subsahariana cuenta actualmente con la mayor cantidad de enfermos de Sida. Y algunos países del continente asiático se perfilan como los países donde el número de afectados por el virus será astronómico. Los medios de comunicación occidentales parecen despertar a esta realidad. Una realidad que esconde el tradicional olvido que la riqueza quiere hacer de la pobreza. Aun cuando ello ponga en peligro la misma riqueza.

UNA NUEVA CIVILIZACIÓN DE LA TERNURA Y LA ORGULLOSA COMPASIÓN

Ya se ha hablado en estas mismas páginas de que el Sida deberá contribuir a generar un nuevo concepto de solidaridad. Y, en cierta medida, de actitud moral. Y ello es así porque el Sida es una enfermedad paradójica, que desvela algunos de los rasgos de la sociedad a la que afecta y también desvela algunos de los rasgos que constituyen lo que es una noticia y lo que son los medios de comunicación. Esa es, precisamente, su importancia.

El Sida debe aumentar la importancia de la información. Nada más significativo que la importancia de una adecuada información para prevenir el Sida y para entender la enfermedad. Sólo la información evitará el alarmismo fácil y grosero causante de la muerte moral y del aislamiento social de los seropositivos. El Sida es una enfermedad, con unas causas, unos modos de contagio y una forma de prevención. La información adecuada, rigurosa no es nunca espectacular. Pero es la única eficaz. Una sociedad informada es una sociedad que podrá vivir con el Sida como una amenaza comprendida y, ojalá, algún día combatida. Pues si es comprendida, será una amenaza creativa de nuevos valores. Y nunca será una amenaza paralizante.

El Sida debe poner en su lugar la hipocresía de la riqueza occidental y el olvido de que la humanidad es un concepto planetario. Detectada en la riqueza, propia de unos grupos de riesgo determinados, envuelta en ropajes de miedos abismales, el Sida es ya un problema mundial. Y debe analizarse desde una perspectiva planetaria. Por ello, el Occidente rico e industrializado deberá recordar que en otros países pobres, el Sida es aún más pavoroso y más destructor. Quizás el estar unidos en el dolor y en la amenaza permitirá a Occidente pensar en sí mismo desde instancias que no son solamente europeas o norteamericanas. En una palabra, comenzará a aniquilar el hipócrita fariseísmo manipulado de la sociedad industrial.

El Sida afecta muy directamente al mundo del sujeto humano. Es una enfermedad que ataca el alma misma del ser humano. Esto es, que puede contagiar-

se por el amor. Es decir, por el mandato de la vida. O que puede contagiarse - como es el caso de los heroínómanos- por la marginación y el rechazo de esta sociedad en la que vivimos. Es una enfermedad que, en muchos casos, se contagia precisamente por compartir aquello que nos hace ser humanos: el amor o el rechazo a la sociedad. Y ello puede obligar a crear un nuevo concepto del ser humano. El sujeto de la ternura, de los sentimientos más refinados, de la verdadera compasión, de quienes son capaces de vivir en la incertidumbre y la paradoja. En suma, una nueva actitud ante la vida. Y ello sin olvidar la tragedia que afecta a quienes han sido afectados por la enfermedad.

Los medios de comunicación y el Sida comparten un particular carácter paradójico. Son construídos por la sociedad y, a su vez, construyen la sociedad. La información puede ser una enfermedad si no está bien construída y no es comprendida. La breve historia del Sida lo ha mostrado, con su secuela de miedos, incomprensiones, intolerancia, marginación y falsas esperanzas. La enfermedad es una compañera natural de la salud que, sin embargo, puede terminar en la muerte si no es adecuadamente combatida. En ambos casos se trata de vida y de muerte. Pero la información adecuada es origen de vida para la razón y el sentimiento, aunque sea dolorosa.

El Sida debe obligar a pensar, de nuevo, lo que sea la verdadera información y lo que sea la verdadera enfermedad. Quizás, tras ello, se encuentre el anuncio de una nueva manera de ser un hombre o una mujer. Hombres y mujeres más privados, más informados, más solidarios, más compasivos. Menos asomados a la fama y más seguros de sus miserias y de sus grandezas. Porque la grandeza del ser humano estriba, quizás, en tratar los miedos y las miserias que forman parte de su mismo ser. A ello podrá ayudarnos la información y la enfermedad. O, mejor aún, una información siempre purificada. Y una enfermedad que siempre será compañera de la salud. Queramos o no. Tales son los gritos del silencio que provoca una desgracia que nos puede afectar a todos. Y que, sin embargo, tiene su morada en el mundo del amor y del odio. Tales son los gritos del silencio que debe producir la verdadera información. Como si los medios de comunicación construyeran con el ruido de sus teletipos y rotativas, el silencio necesario para pensar en lo que realmente somos.

Sobre el autor

Ignacio Izuzkiza es Doctor en Filosofía (Universidad de Valencia, 1980) y Doctor en Filosofía (Universidad de Valencia, 1980), Master of Philosophy (Syracuse University, EE.UU., 1982). Actualmente es Profesor Titular de Filosofía de la Universidad de Zaragoza. Entre sus publicaciones relevantes se encuentran: *La clase de filosofía como simulación* (Madrid, 1982), *El proyecto filosófico de Juan D. García Bacca* (Barcelona, 1984); *Guía para la investigación en Filosofía* (Barcelona, 1986); *Henri Bergson: La arquitectura del deseo* (Zaragoza, 1986); *George Santayana o la ironía de la materia* (Barcelona, 1989); *Hegel o la rebelión contra el límite* (Zaragoza, 1990); *La sociedad sin hombres. Niklas Luhmann o la teoría como escándalo* (Barcelona, 1991); *Armonía y razón. La filosofía de Schleiermacher* (en prensa).